

POR LOS MONTES DE TRIANO

POR RUBÉN LAS HAYAS

*A mi amigo Guiller, gran conocedor
de estos parajes.*

El funicular acaba de ponerse en marcha. Fuera, todo queda envuelto en una niebla húmeda y opaca. Sin embargo, uno de los empleados me ha dicho que arriba hace sol así que voy mirando por la ventanilla en espera del momento en que salgamos de la niebla. De repente, la visibilidad empieza a hacerse mayor hasta encontrarnos por encima de un mar de blanca y compacta niebla cuya belleza difícilmente se puede comprender desde abajo. Solamente el Serantes sobresale como un islote de este mar, completando así el formidable espectáculo.

He dejado atrás ya el funicular y mientras me dirijo hacia La Arboleda, contemplo una vez más este paisaje que tantas veces he contemplado. Es un paisaje descarnado y teñido de ese color rojizo del mineral de hierro; un paisaje un tanto desolador, con terrenos que se van hundiendo para luego desaparecer poco a poco; un paisaje, en fin, surcado de railes por los que viejas locomotoras arrastran largas hileras de vagones y marcado por las huellas de camiones que se desplazan de un lado a otro en busca del preciado mineral.

Contemplando estas tierras no puedo por menos que dedicar un recuerdo a todos esos hombres que han ido dejando sus vidas dentro de ellas, desde aquellos tiempos remotos en que ya nos lo mencionaba Plinio en sus escritos. ¡Con cuántos sudores están regados estos montes!

Al pasar por La Arboleda miro distraídamente el reloj de la iglesia. Marca las ocho y diez minutos.

A la salida del pueblo se sigue contemplando casi el mismo paisaje. No sé exactamente en lo que voy pensando, cuando suena cerca de mí un disparo de escopeta, e inmediatamente noto el dolor producido por un perdigón al pegarme en la cara. Un poco asustado, me llevo la mano instintivamente al lugar del golpe, que ha sido justamente debajo del ojo, y todavía con la mano en esta posición me encuentro con dos cazadores que, encima, ponen cara de extrañeza ante lo que les cuento. Está visto que ni por el monte va a poder andar uno tranquilo.

Por Peñas Negras tomo el camino que asciende por la derecha. Es un camino áspero y lleno de pedruscos que me conduce hasta las tres casas que forman el barrio de Saucó. Dejo atrás estas casas mientras me siguen los ladridos de un



Ermita de Santa María Magdalena.

(Foto R. Las Hayas).

perro y doy vista al valle de Sopena. La pequeña sierra de Zipar, el Alén y el Longuitas rodean al pequeño valle que desde aquí se presenta como un gran mosaico de prados y cultivos. Al fondo los montes de Valnera muestran sus primeras nieves.

Desciendo casi paralelo a unos cables de transporte de mineral, hasta encontrar la cueva de la Magdalena. Tiene esta cueva una boca de unos veinte por doce metros de altura y de ella sale un arroyo de agua fresquísima. En el fondo hay una mina que todavía se explota pero que tiene la salida al otro lado del monte, y a la izquierda, ocupando una oquedad en la gruta hay una ermita dedicada a Santa María Magdalena.

Su fachada es blanca y está coronada por una cruz, viéndose tras las verjas que cierran la entrada, una imagen de la santa presidiendo el altar. En una de las paredes hay una placa que dice: «Fue reconstruida por Doña Juana Maestre el año 1942».

Salgo de la cueva y el contraste de la fría humedad interior con los cálidos rayos del sol me produce un verdadero alivio, después me dirijo a Urallaga cuyos viejos caserones se me presentan a la vista. En la puerta de uno de ellos me encuentro a un hombre de avanzada edad a quien después de saludar pregunto algunas cosas sobre la ermita.

Tiene culto el día 22 de junio, celebrándose también ese día romería. Antiguamente la imagen se guardaba en una casa de Sauco y dicho día por la mañana se bajaba a la ermita, en donde permanecía todo el día, retirándola de

nuevo al anochecer. ¡Entonces sí que asistía gente a la romería! —me dice. Su destrucción acaeció el año 1935, exactamente el 21 de junio, obra de algunos desalmados que colocaron explosivos en sus cuatro costados. Así que cuando acudió la gente a la mañana siguiente, la encontraron completamente destrozada. Estuvo unos cuantos años en esta situación siendo luego reconstruida por el «ama» de la mina. Desde entonces la santa está permanentemente en la ermita.

Tras darle las gracias, me despido de mi interlocutor y prosigo la marcha. Tomo un estrecho sendero que bordea esta ladera del monte y luego descendiendo por otro más cómodo al pinar que cubre la otra ladera.

Una ancha senda lo atraviesa de parte a parte. Dentro reinan una paz y quietud casi místicas. Es un lugar realmente bonito. El sol que afuera azota despiadadamente no logra penetrar hasta aquí en donde un suave frescor invita a descansar. El silencio se mezcla con el suave susurro de la brisa al contacto con los pinos y parece sobrecoger nuestro espíritu. Y todo está bañado por un ligero aroma, mezcla del producido por la resina y por alguna otra clase de plantas que no acierto a descubrir.

En algunos rincones logra penetrar la luz poniendo así una nota de colorido. Y a menudo, un nuevo murmullo surge en el silencio; es el que producen pequeños riachuelos que cruzan la senda y que parecen cantar no sé que canción melancólica.

Después de un buen rato de caminar por el pinar, he salido de nuevo al sol. Ahora parece más fuerte y casi me hace daño a los ojos. Atrás queda ya el bosque como sumido en un sueño y con un aire de infinita tristeza.

Enfrente se recorta la cima del Mello y su ladera se precipita velozmente hacia la carretera, a donde yo también acabaré bajando. En esa ladera se ve el pueblecito de Montellano, famoso por ser la cuna del gran Antón «el de los Cantares».

Antonio Trueba fue famoso principalmente por sus poesías y cuentos inspirados en nuestras tradiciones y costumbres. Cultivó también la historia, la política, el periodismo, la novela y hasta el teatro. Por lo que he leído Trueba no hablaba el vascuence, de lo que se lamentó siempre, circunstancia ésta que fue quizá providencial para su obra ya que al escribir en castellano fue el primer literato que dio a conocer en toda España la inagotable cantera de costumbrismo y tradiciones vascas. Algunas de sus obras, han sido traducidas al francés, alemán, inglés, italiano, portugués y ruso.

Fijándome bien, veo perfectamente el monumento que existe en dicho lugar dedicado a su recuerdo, en el cual hay grabados unos versos, sus últimos quizás, que ahora me vienen a la memoria:

*Dicen que el cisne cuando muere canta,
Y hoy tanto de mortal mi dolor tiene
Que acaso es la del cisne mi garganta.
¡La voluntad de Dios es justa y santa
Hágase en mí Señor lo que ella ordene!*

Allí se encuentran también las ruinas de la casa donde en 1819 nació el poeta y que son propiedad de la Excma. Diputación de Vizcaya.

PYRENAICA

Casi sin darme cuenta he llegado a las tres o cuatro casas del barrio de Las Cortes. En la fuente dos niñas juegan mientras se les llena un balde de agua. Un viejo con aire cansino toma el sol en la entrada de una de las casas y a medida que me acerco a la última de ellas crecen los ladridos de un perro llegando a hacerse extremadamente ruidosos cuando paso por delante de él. Afortunadamente para mí, una gruesa cadena frena sus instintos.

A partir de este momento el camino desciende rápidamente para ir a dar al río. Lo atravieso por un puente de piedra, para torcer luego hacia la izquierda en donde se encuentra la ferrería del Poval, la única en su género que aún funciona en el País Vasco.

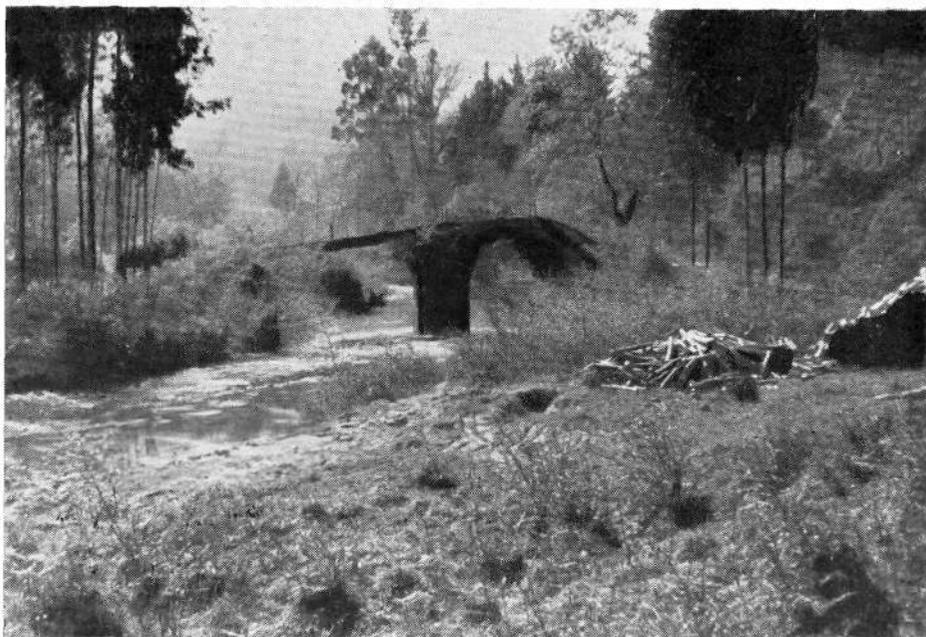
Junto a ella encuentro a otro montañero hablando con uno de los propietarios y cerca de ellos, sobre uno de los viejos muros de la ferrería veo un reloj de sol que me recuerda con su sombra que son ya las doce y media.

Mientras ellos siguen hablando yo penetro por la pequeña puerta de medio que sirve de entrada. En primer lugar veo, a la izquierda, el martinete que acciona sobre el yunque y a la derecha un pequeño horno de caldear. Una cadena abre paso al agua que cae sobre la rueda hidráulica, cuyo eje de hierro, que antes fuera de madera, está unido a una rueda dentada que a su vez mueve el martinete golpeando así éste sobre el yunque con una velocidad de 280 golpes por minuto. El horno de caldear, funciona con gas-oil y sustituyó a otros dos que hubo anteriormente.

Una pequeña puerta pone en comunicación esta sala con otra en la que se encuentran las forjas. Gran cantidad de herramientas se ven por todas partes, ocu-

POVAL.

(Foto G. Minguitu).



pando el centro de la sala las cuatro forjas de las cuales sólo una funciona actualmente.

Por lo que veo ya no trabajan aquí debido al parecer a que resulta antieconómico. Últimamente ya sólo producían picos y azadas para minas.

Tras seguir un buen rato viendo todos los pormenores de la ferrería, salgo de nuevo al exterior, en donde el propietario me explica algunas cosas más. Así antiguamente hubo otra turbina que actuaba sobre un ventilador y todavía existen restos de uno de los barquines o fuelles que servían para soplar la fogata en la que se fundía el mineral. Por los restos encontrados de instrumentos que se han utilizado aquí, parece ser que casi todos los procedimientos de obtención del hierro que se han conocido a lo largo del tiempo, se han usado en esta ferrería. Esto nos hace pensar que su antigüedad se remonta a muchos siglos atrás, habiendo llegado a ser además muy grande su importancia.

Antes de despedirnos me cuenta, que hace algunos años fue rescatado del fondo del mar, en un puerto de Chile, uno de los barcos utilizados por los conquistadores españoles, dándose la casualidad de que en una pieza de hierro que cubría la proa, estaba grabado el nombre de la ferrería del Poval en donde había sido fabricada.

Después de esto, me despido de él y salgo a la carretera que me conducirá a Somorrostro. Como el autobús ha pasado cuando yo llegaba a la ferrería, no me queda otro remedio que ir andando. De todas maneras el recorrido no es largo y resulta entretenido.